

dueña de un bar que está a punto de cerrar. La hipócrita amabilidad de esta manipuladora del sufrimiento ajeno llena de ilusión al pobre Aristides, quien llega incluso a recuperar su fe en la vida: «Mirando las repisas con botellas que giraban a su alrededor, Aristides se reconciliaba con la vida y, desdoblándose, se burlaba de aquel otro Aristides, lejano ya y olvidado, que temblaba de gozo una semana sólo porque un desconocido se le acercaba para preguntarle la hora» (p. 184). Pero la amabilidad de la malvada dueña es sólo una excusa para que Aristides recoja las treinta mesas y un enorme macetero. Al darse cuenta de su engaño, rompe furiosamente el macetero y en «cada añico reconoció un pedazo de la ilusión rota. Y tuvo la sensación de una vergüenza atroz, como si un perro lo hubiera orinado» (p. 186). Este misántropo que por unas horas había recobrado la ilusión de ser amado, termina humillado y forzado, una vez más, a refugiarse en su vulnerable soledad.

Las conclusiones que podrían derivarse de los cuentos de este auscultador moral de la realidad que es Julio Ramón Ribeyro, son que el hombre sólo puede realizarse asumiendo su orfandad, y en esta debilidad esencial ha de fundar su esperanza. El protagonista de los relatos de este narrador peruano trata de superar un orden ético y social. Pero este intento termina, generalmente, en la derrota, la humillación y el desengaño, quizá por no haber aceptado el hecho de que la angustia surge de la misma existencia, existencia que jamás será colmada y que siempre se da como carencia. Dos vertientes convergen en la angustia del personaje de Ribeyro: la desesperanza de un destino del que no puede evadirse y el humanismo solidario del autor con sus desvalidas criaturas.

**José Ortega**



## Aproximación a los viajes interiores de Leopoldo Panero

El libro de Armando López Castro *Las aguas de la memoria*<sup>1</sup> permite ser considerado desde dos vertientes, como estudio monográfico y como ensayo. Si se atiende a la primera, habrá que apreciarlo como análisis e interpretación de la obra poética de Leopoldo Panero. Si a la segunda, lo que se impone al lector son las páginas sobre el *quid sit* de la poesía que van desplegándose al compás de una lectura paneriana. Por ende, las laderas del estudio y el ensayo no se ofrecen separadas, sino unidas a través de la literatura del astorgano, lo cual se refleja justamente en el título completo que López Castro ha colocado al frente del volumen: *Las aguas de la memoria (Una aproximación a la poesía de Leopoldo Panero)*.

No parece casual la imbricación entre estudio y ensayo que nos brinda este trabajo del profesor López Castro, orensano afincado en León, en cuya universidad enseña literatura española, y a quien se deben no pocas investigaciones sobre poetas, entre las que destacan las dedicadas a Gil Vicente, Antonio Machado, autores del 27 y José Ángel Valente. Y no parece casual porque López Castro es poeta él mismo, y poeta cronológicamente adscrito a la promoción de los setenta, pero cuyos poemarios iniciales (*Revelaciones*, 1983; *Memorial*, 1985; *De lo imposible*, 1986) no se publican hasta la primera mitad de los ochenta.

<sup>1</sup> Armando López Castro. *Las aguas de la memoria (Una aproximación a la poesía de Leopoldo Panero)*. León: Diputación, 1994. 157 pp.

Así pues, la condición de poeta de López Castro, unida a su profesión como docente e investigador, y a sus arraigados vínculos leoneses, explican el tríptico que se conjuga en esta nueva aportación suya, en la que realiza exploraciones en la lírica de un leonés cuya obra poética es susceptible de ilustrar ejemplarmente caracteres esenciales de la poesía mediante los jalones de un itinerario lírico singularísimo.

Por consiguiente, *Las aguas de la memoria* semeja una moneda en la que hay dos caras indivisibles, la ensayística sobre lo poético y la investigadora sobre Panero. Ambas caras se enriquecen mutuamente en el libro, ya que las nociones acerca de la poesía de las que parte López Castro hallan ilustración en los versos panerianos, y a su vez dichos versos le permiten refrendar, y aun adentrarse más profundamente, en los ámbitos esenciales de lo poético, en los que el propio estudioso está implicado también como poeta. Entiendo que el tipo de crítica literaria que se evidencia en *Las aguas de la memoria* es muy interesante, porque a la bibliografía sobre Panero, en la que no faltan contribuciones de investigadores como Connolly (1969), Parra Higuera (1971) y Marcos Sánchez (1987), y tampoco lecturas de poetas, así las de José García Nieto (1963) y César Aller (1976), añade una lectura universitaria conjugada armónicamente con una lectura poética.

Armando López Castro ve cuatro fases en la trayectoria literaria de Leopoldo Panero, fases cuyo rótulo y duración es la que se consigna: prehistoria del poeta, desde 1919 a 1929; y tres períodos de creación literaria plena y original, los que denomina de concentración (1929-1936); de descentración (1936-1952) y de sobrecentración, que abarca los siguientes diez años, y acaba con su muerte, en 1962.

Antes de sintetizar los caracteres que López Castro advierte en cada período, permítaseme subrayar el acierto terminológico y conceptual que encierran las palabras escogidas para diferenciar cada uno de los espacios temporales panerianos. Obsérvese que la voz «centro» se halla en los tres momentos, los cuales se distinguen entre sí con un hábil cambio de prefijo. La fórmula está plenamente justificada a la luz del contenido de este estudio, porque su autor defiende la tesis de que, «en su conformidad con la armonía, la obra poética de Panero parece girar en torno a ese corazón-centro, origen de toda creación». Siendo así, se desprende que las etapas de la his-

toria de sus versos se distinguirán en virtud del decantado específico con que en cada singladura se enfaticen su hondón cordial.

En el período de concentración, el centro unificador de su lírica se logra magistralmente en el extenso poema *La estancia vacía* (1944), centrado en la metáfora del corazón, y conjunto que cabe interpretar como un viaje indagador por entre la noche de sí mismo, de su espíritu. Sin embargo, en *Versos al Guadarrama*, poemario de 1945 que recoge poemas elaborados entre 1930 y 1932, Leopoldo Panero ya había descubierto el epicentro interior a vueltas de plasmar el acorde profundo entre su soledad, su intimismo amoroso y la naturaleza.

Concentrado en la dimensión íntima en la etapa que media hasta 1936, desde entonces hasta 1952 destaca el acento con que se conjuntan el yo y los otros, acento derivado de haber vivido experiencias fundamentales, unas dolorosas, otras felices, como fueron el encarcelamiento, la muerte de su hermano Juan en 1937, y el matrimonio. A estos años de avatares en contrapunto pertenece el libro *Escrito a cada instante* (1949), que reúne versos de fechas varias, pero que se enlazan merced a la unificación que les confieren las instancias del amor, de la fraternidad y de la trascendencia religiosa.

Según López Castro, la del cristocentrismo no es sólo la vivencia que unifica el tercer período, sino que dicho acercamiento a Cristo también asume e integra las fases precedentes, fundiéndolas con la última. En ella escribe Leopoldo Panero el libro *Canto personal. Carta perdida a Pablo Neruda* (1953), los poemas agrupados en *Epístolas para mis amigos y enemigos mejores* (1952-1953), y asimismo los que iban a formar parte del conjunto, de título elocuente, *La Verdad en persona*, que no llega a concluir. Bajo el cauce de la epístola en verso, *Canto personal* es un poema transido de ansia de reconciliación, mediante el diálogo, con el chileno Neruda y su visión de América, visión contrapuesta a la paneriana, que se inscribe en la tradición hispánica del cristianismo. Cristo será justamente el centro de las tres únicas composiciones de *La Verdad en Persona*, en las que la metafísica esencial de Panero deviene teología y se transforma en misticismo cristico.

**J. M. Balcells Doménech**

# Libro de amor al libro\*

**E**ste comentario presuntamente bibliográfico tiene todos los atributos de una arbitrariedad: soy amigo íntimo de Héctor Yánover y *una verdadera amistad es un loco don como el amor o la alegría, que la vida otorga raras veces*. Hemos compartido juntos *momentos estelares de la humanidad*: las revistas literarias, el diálogo siempre vivo, la tefnura recíproca que nace de nuestra condición de provincianos, su librería mágica, sus notables versos —de lo más hermoso que ha dado nuestra generación poética en Argentina—, sus amistades, las mías, las nuestras, sus amores, los míos, los nuestros, sus nietos, el mío, los nuestros, tanto ya. Por eso hablar de sus memorias (de librero) es como dibujar metáforas y evocaciones desde mis propios anales y desde mis propias remembranzas.

Conocí a este enorme poeta en una situación entrañablemente equivoca. *Era del año la estación florida*. Había leído uno de sus poemarios y publiqué una nota cálidamente elogiosa en una de nuestras revistas literarias. La firmé con seudónimo: Rosa Axel (nombre, aclaro, de mi abuela, de mi *bohe*). En ese momento Yánover viajaba por Latinoamérica y en alguna de sus postas leyó el artículo. Una mujer que hablaba así de su obra no podía quedar inmune a sus fantasías supra y subumbilicales. *Cuerpo de mujer, blancas colinas*. Inmediatamente llamó a su librería queriendo saber de quién se trataba, pero no tuvo respuesta a su inquietud, porque yo ocultaba con esmero a mi doble ancestral, a mi *otro yo del doctor Merengue*, a mi vertiente rusa. *Mínima alma mía, tierna y flotante*. Fue a su regreso que nos conocimos

y supongo —es fácil deducirlo observando mi aval testosterónico, mis expansiones lípidas y mi rostro semítico— que sufrió una primera desilusión: *Imponente y rollizo, Buck Mulligan apareció en lo alto de la escalera*. Pero muchas veces las compensaciones son válidas aunque esforzadas: traté de demostrarle que la renuncia obligada a sus fantasías eróticas se justificaba por la ilusión de nuestro encuentro, por la posibilidad grávida de nuestro diálogo, por haber encontrado un hermano detrás de la portada de un libro. Así llegué a compartir casi cotidianamente sus opciones viscerales, su amor insobornable a la cultura, su proximidad a sí mismo, su lealtad a los amigos de siempre, su estremecimiento medularmente poético, sus machados y sus vallejitos de intravida, sus desazones ante la miseria del mundo. Años de andar juntos por las calles de Buenos Aires me enseñaron una de las lecciones más hondas que un espíritu humano puede tener: el júbilo y el privilegio de recibir: la existencia del arte hace un arte de la existencia. *Yo sé un himno gigante y extraño que anuncia en la noche del alma una aurora*. Como una especie de Sören Kierkegaard cordobés, Héctor Yánover nos enseñó a muchos que aquellas palabras del filósofo danés («En esencia soy un poeta. Sólo tengo que mostrar humildad ante una cosa: el hecho de que yo mismo carezco de la fortaleza necesaria para ser lo que soy») encerraban una fecunda lección de vida: que cuando se elige un destino no es tan sencillo legitimarlo realmente y que ser poeta es más que un destino: es un grito indócil que clama a los dioses por la necesidad de una certeza que nos haga asimilable el aparente sinsentido de todo. Yánover tiene esas dos vertientes: carece de la fortaleza de saberse único y elige ser único ante sí mismo y ante sus propios temblores de poeta. Siempre he pensado que en sus diálogos con su propia almohada se siente un legislador, un ser preferido por aquellos mismos dioses a los que él reclama su ración de transparencia. ¡*Alumbra, lumbre de alumbra!*

Recuerdo una anécdota que lo pinta de cuerpo entero: supo decir *no* a las manipulaciones ideológicas del autoritarismo de izquierda sin tener un solo argumento válido, en aquel momento, para justificar su negativa, salvo que *se lo decía el corazón*. El corazón de un poeta es

\* Héctor Yánover: *Memorias de un librero*, escritas por el mismo. Anaya & Mario Muchnik. Madrid. 1994. 272 páginas.